



Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá



Una crítica de antaño

En el viejo álbum de familia, de gruesas tapas de nácar con figuras estilizadas y macizo cierre de plata, dos borrosas fotografías hablaban profundamente a mi imaginación. Representaban a una dama muy joven y a un joven caballero ataviados con ostentosos trajes de marquesa y de marqués. Cuando niña, vi más de una vez a mi abuelita paterna contemplando los amarillentos cartones con esa inefable melancolía que los viejos y amados recuerdos traen al corazón.

-Abuelita -solía preguntarle yo en tales ocasiones- ¿por qué tú y el abuelito se disfrazaron así?

Y ella, a quien los años en complicidad con el dolor agobiaban ya, me hacía, más para oírla ella misma que para enterarme a mí, la vieja crónica que en sus labios florecía con la frescura de un recuerdo celosamente cultivado. [69]

Lo que hoy es el tribunal viejo era antes de la guerra el Club Nacional.

Tengo bien presente la mañana aquella en que, impresionada por los relatos que la noche anterior oyera en la tertulia familiar, obligué a Sebastiana, la vieja negra que me acompañaba a la escuela, a penetrar conmigo en el caserón ese y a conducirme al salón donde, más de medio siglo atrás, se dieran tantos saraos fastuosos. Sebastiana conocía bien el lugar.

-Si me está pareciendo, niña, que ayer no más fue cuando para darle luz por el camino vine con el ama a este sitio. Si le estoy viendo al amo, que aguardaba a doña Teresa en el portal, con otros señorones, porque era no sé de qué Comisión que corría con la dirección de la fiesta...

A través de mucha gente que entraba y salía con rimeros de papel bajo el brazo, Sebastiana me condujo al salón donde vi a muchos hombres apiñados y oí hablar a gritos.

Este era, niña, el salón de baile; si viese qué hermoso estaba la noche del baile en honor del Presidente... [70]

Y en voz alta, como si estuviésemos solas, se dio la buena negra a explicarme los detalles de la fiesta evocada, los que escapaban a mi atención atraída en ese momento por un cuadro que en el testero del salón representaba a una mujer con los ojos vendados y una balanza en una mano y un puñal en la otra. Al pie del cuadro veía una mesa con gran paño negro junto a la cual un hombre grave estaba sentado entre otros dos. Después supe que en el salón de los recuerdos de la abuelita funcionaba el tribunal de jurados.

Los días que precedieron al 7 de noviembre de 1863 fueron días de extraordinaria agitación y entusiasmo en los hogares de la buena sociedad asuncena, de aquella sociedad que compensaba, al revés de lo que sucede hoy, su pequeñez con su tradición acrisolada.

Iba a cumplirse el primer aniversario de la toma de posesión del gobierno por el presidente Francisco Solano López y el Club Nacional había resuelto celebrar el suceso con un suntuoso baile de trajes.

Los que en su hogar no han podido [71] recoger la tradición de lo que fuera la sociedad asuncena de aquellos días lejanos, no pueden concebir que las fiestas de salón de la actualidad resulten pobres y pálidas comparadas con las de aquel tiempo, en que el señorío de las damas y la gentileza de los caballeros daban singular realce de auténtica distinción y de gracia espontánea a las reuniones.

Resuelto fuera que el baile del siete de noviembre había de marcar época en los anales sociales, tal como si se adivinase -¡ay!- que pocos años después aquella misma brillante juventud que luciría su distinción en el sarao, marcharía, en las filas del famoso batallón 40 a morir heroicamente por la patria...

Con la anticipación necesaria pidiéronse a París modelos de los más variados y preciosos estilos de trajes, entre los que las damas eligieron los más avenidos con sus gustos y tipos respectivos, previa consulta de unas con otras en cada círculo de parientas e íntimas.

Llégame, a lo largo de los años, tal como si yo mismo lo hubiera oído, el rumor de aquellas reuniones, en las que señoras y niñas llenaban con el bullicio de sus charlas y con el cascabeleo de [72] sus risas la casa toda convertida en activo y trajinado taller de costura. Viven aún algunas de las que, al recordar los relatos de la dulce abuelita, evoco en el cuadro de aquellas gentiles figuras jóvenes y graciosas que se reunían desde las

primeras horas de la siesta hasta las últimas de la tarde, para cortar sus trajes en la ancha y atestada mesa del comedor, bajo la dirección de la más experta en este menester.

¡Cabezas venerables, en las que nevaron los años y que sintieron el soplo de tantos vendavales, yo os veo, en aquella mañana dorada de vuestra existencia, luciendo la seducción del oro puro o del ébano apasionado de vuestras cabelleras graciosamente peinadas en atrevidos tirabuzones!

Desde las primeras horas del día 7 de noviembre, la cuadra de la calle Palma comprendida entre las de Atajo y 25 de Diciembre presentaba el cuadro movido y rumoroso de una multitud curiosa. De un viejo ejemplar de «El Semanario» n° 499 del sábado 14 de noviembre de 1863, que entre otros muchos [73] recuerdos guarda en viejo arcón mano cariñosa, copio las siguientes líneas: «A la hora señalada por las tarjetas de invitación el Club Nacional ostentaba tanto interior como exteriormente una verdadera magnificencia. Toda la extensión de la fachada estaba profusamente iluminada con aceite de color, coronada de trofeos de banderas cada una de sus ventanas. Una gran masa de pueblo llenaba la calle acechando el momento de llenar su curiosidad examinando las familias que llegaban en sus carruajes».

El patio del club aparecía convertido, por obra de un señor Troya, artífice en obras de adorno, en fragante jardín, en cuyo centro los hilos de agua de una fuente -la misma que existe hoy en la quinta de la señora Adelina López de Decoud, en la Avenida Venezuela- trazaban sus figuras caprichosas a la luz policroma de artísticos faroles chinescos.

El salón de baile ofrecía un aspecto maravilloso. Un gran escudo nacional primorosamente construido con flores que reproducían todos los símbolos del emblema, adornaba la pared principal entre un trofeo de banderas y guarnecido por una iluminación tricolor. Ricos [74] tapices colgaban de los muros y macetones con palmas ponían la nota verde de las hojas bruñidas en la cascada de oro de las luminarias.

Un saloncito que hay enseguida del salón principal se había habilitado como guardarropa para las damas, estando destinado al mismo fin para los caballeros otro recinto.

A las 10 de noche la fiesta estaba ya en su apogeo, formando las señoras y niñas un cuadro deslumbrante por la riqueza y el buen gusto de sus atavíos.

De la vieja crónica de «El Semanario»:

«Hubo mucha variedad y lujo en los trajes, perfección en muchas y gracia en todas las señoras y señoritas, entre las que han sobresalido varias, haciéndose notar como ciertos planetas en medio de las estrellas del firmamento... Pondremos a nuestros lectores en posesión de nuestras observaciones de los más notables que hemos visto respecto a trajes. Seremos imparciales: La señora Inocencia López de Barrios, representando la diosa de la noche; doña Francisca de Haedo en traje griego de las islas Jónicas; su hermana doña Belén en el de la ópera de Marco Spada; doña Josefina Aramburú [75] muy bien vestida en traje de mariposa; la señorita Eudoxia Bedoya, una perfecta gitana; doña Emerenciana Gill en traje de andaluza; su hermana doña Carolina en traje de aldeana, la señorita Antonia Carísimo Jovellinos estuvo sobresaliente por su

simplicidad, perfección y el delicado gusto con que llevó el traje de sílfide; la señorita Balestra, en traje de diosa de la Música; doña Ana Sión muy bien en traje de paciega riojana; doña Tomasa Bedova de Fernández, una dama del tiempo de la fronda, muy bien; doña Teresa señora de Lamas, en traje de dama del siglo de Luis XIII ha estado perfecta; la señora de Capdevila muy elegante en traje de marquesa; las señoritas Venancia Trihy y Blasía de Bedoya han estado lindas, pero imperfectas griegas por lo largo de sus vestidos; doña Asunción Velilla ha estado bien como aldeana bretona; la señorita Concepción Chirife ha estado muy interesante y muy perfecta como calabresa. Doña Catalina Machaín estuvo bien en su traje de cantinera, pero es sensible que no hubiese llevado todos sus atributos etc.»

«Llegaba al salón el toque de reloj que anunciaba las 10 y ½ cuando se anunció que su excelencia el señor Presidente de [76] la República se hacía presente en compañía de sus ministros y edecanes. La comisión del club formado por los señores José M. Aguiar, José Falcón, José M. Lamas y José Solís, todos vestidos de marqueses, recibió a Su Excelencia y lo acompañó hasta el estrado que se le había dispuesto en el salón.»

Solano López no disimuló la satisfacción que le cansaba el brillo de la fiesta. Los diversos trajes de estilo sentaban bien a las señoras y niñas que los habían escogido con el acierto instintivo de su inocente coquetería. Y el Presidente, que asistiera a los grandes saraos de París, en los que la elegancia refulge con encantos supremos, se sentía halagado al ver que, en aquel salón, la distinción y gracia de la mujer asuncena no sufría nada en la comparación a que se entregaban sus recuerdos.

Y así se lo dijo, con risueño orgullo, al representante de Francia, en una frase que no tardó en circular por el salón y el jardín, entre complacidos comentarios de las parejas:

-Mis paisanas me transportan en [77] este momento a las mejores horas de mi vida en París. ¿Verdad, señor Encargado de Negocios, que ellas son dignas de medirse con las elegantes parisienses⁽⁷⁾?,

Y fue tal el alarde que se hizo aquella noche, que damas hubo, como doña Carmen Gill, que, pasadas las doce, mudaron de traje, reemplazando el de las primeras horas, riquísimo, por otro más rico aún...

Juanita Machaín y Raquel y Dolores González fueron las únicas niñas que no lucieron trajes de estilo, si bien fueron lujosamente puestas.

Duró el sarao -dice la crónica- hasta que la luz del día hizo empalidecer la de las mil luminarias que hicieran un ascua del Club Nacional.

Los ecos del suntuoso sarao perduraban o un en los comentarios de los círculos sociales asuncenos, cuando empezaron a llegar del sud ruidos de armas. Poco después, en Paso de Patria, empezaba aquella nube de fuego que había de pasar como un turbión por toda la República, arrasando hogares y convirtiendo todo el territorio nacional en un vasto cementerio. La ola de sangre abismó a nuestra dulce Asunción [78] en el duelo de infinitas angustias. Los galantes marquesitos y los pajes de pelucas empolvada del baile de la noche del siete de noviembre, caían en las trincheras y en los esteros, mientras en los tristes hogares las bellas marquesitas y las aldeanas deliciosas, lloraban al esposo o al novio muerto por la patria en el horror de las batallas gigantescas...

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

